

## **Entre tú y yo de Juan Pérez Pozo**

Antonio García Velasco

Juan Pérez Pozo  
Entre tú y yo  
Libros ENCASA  
Málaga, 2016  
372 pág.

El ya lamentablemente olvidado Álvaro de Laiglesia, cuyo sentido del humor vendió tantas novelas, nos decía en la "Advertencia del autor" de *Todos los ombligos son redondos*: "**TODOS LOS PERSONAJES**, lugares y acontecimientos de este libro son imaginarios. Afortunadamente. // Eso indica, en primer lugar, que tengo imaginación. Y en segundo, que no he estafado al lector contándole unos cuantos sucesos copiados de la vida real. Para leer sucesos ya están los periódicos, que sólo cuestan unas cuantas perras gordas y sirven después para envolver las cosas sucias. Demostración de que los hechos auténticos son siempre más baratos y menos duraderos que los fantásticos. Y los libros tienen demasiada jerarquía para limitarse a relatar las míseras realidades humanas".

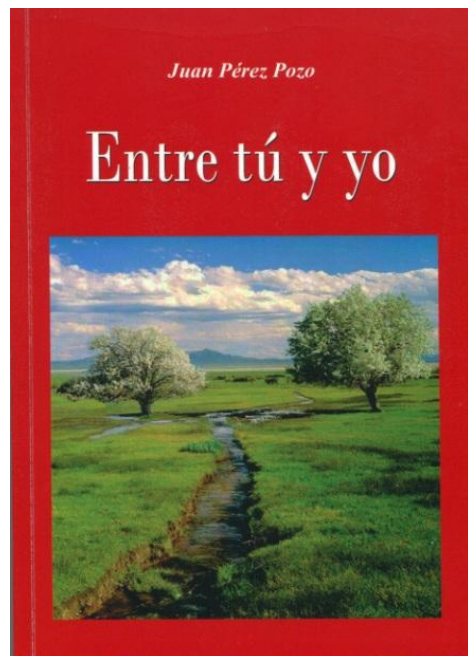


Pues bien, en un tiempo en el que, como exponente de libros más vendidos, se exhiben las novelas históricas; como gancho para la expectación se habla de "película basada en un hecho real"; como mérito de las narraciones se presume de reflejo inmediato de la realidad, he aquí que aparece *Entre tú y yo*, novela de Juan Pérez Pozo que nos presenta un pueblo imaginario, unos personajes imaginarios y un estilo que aleja los diálogos y aun la propia narración del realismo.

Nos cuenta *Entre tú y yo* una historia posible, verosímil, en el marco simbólico de unos escenarios que podrían representar cualquier lugar de la tierra:

El pueblo se llama Podioego. La vega, vetada de trigales y olivos -a cuyo regazo proliferan las huertas familiares- le es tan consustancial como el hábito del poder que connota la atmósfera de su término municipal: un sentimiento que anega a los que ejercen el mando, y también a los que cumplen las órdenes, como un modo de sentirse partícipes que ahoga el destino de la sumisión en un espejismo de gloria dividida en partes desiguales.

Su calle principal es conocida como la de los Principios. Situándonos en su mediación y mirando hacia el oriente, desemboca en la plaza del Entorchado, donde se asienta el palacete de Los Bermúdez, cuya fachada observa perennemente austera, señorial e



inflexible, su longitud. Al tornar la vista a occidente la calle desemboca en la plaza de los Fajines, donde se asienta el palacete de los Zaro, cuya fachada, asimismo, observa perennemente austera, señorial e inflexible esa longitud grave que diferencia su aire de los efluvios del resto de las vías.

Entre tales vías podemos encontrar la calle de la Libertad, la Honestidad, la Lealtad, la Imparcialidad, la Amistad, la Igualdad, la Bondad, la Solidaridad... Ciertamente, las connotaciones de los nombres nos lleva a pensar en nuestros autores clásicos, donde encontramos, por ejemplo en Quevedo, la calle de la Hipocresía ("que empieza con el mundo y se acabará con él; y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto o un aposento en ella"); o en Gracián, en quien, entre otras, encontramos la calle de la Hipocresía, la Ostentación, el Artificio...

La novela clásica española y, de modo especial la picaresca del siglo XVII, nos matiza la acción narrada con digresiones sobre la condición humana. Veamos un breve fragmento de Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán:

"Común y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedís reciten o refieran lo que oyeron o vieron, o que os digan la verdad y, sustancia de una cosa, enmascararla y afeitarla, que se desconoce, como el rostro de la fea. Cada uno le da sus matices y sentidos, ya para exagerar, incitar, aniquilar o divertir, según su pasión le dicta. Así la estira con los dientes para que alcance; la lima y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando, como conde palatino, al necio de sabio, al feo de hermoso y al cobarde de valiente. Quilatan con su estimación las cosas, no pensando cumplen con pintar el caballo si lo dejan en cerro y desenjaezado, ni dicen la cosa si no la comentan como más viene a cuento a cada uno.

Tal sucedió a mi padre que, respeto de la verdad, ya no se dice cosa que lo sea..."

En el primer capítulo, nos cuenta el pícaro la historia de su padre, pues: «bien haya el que a los suyos parece». Pero, intercala, como a lo largo de toda la historia disquisiciones como la anterior, sobre la naturaleza humana, justificadora, por otra parte de lo que, en ese momento, procede narrar. En este caso el narrador –pícaro Guzmán de Alfarache- hace una justificación del modo de contar "una cosa" enmascarándola o afeitándola (adornándola), cada uno dándole sus matrices y sentidos. En esta línea Juan Pérez Pozo introduce las meditaciones del narrador, sin perder el hilo ni el ritmo de la historia que cuenta.

Cada capítulo se inicia, a modo de titular, con una pregunta: "¿Es posible describir un pueblo?", "¿Qué fuerza posee lo que influye en los recuerdos de la niñez?", "¿El paralelismo entre juventud y aventura forma parte del destino?", "¿Queda algún delito impune en el interior de quien lo comete?", "¿De dónde provienen los sentimientos?"... hasta el capítulo décimo: "¿El descanso exime de la ansiedad?". Podríamos hacernos la pregunta sobre si lo narrado en el capítulo es el origen de la pregunta o si la pregunta va a encontrar la respuesta en la narración del episodio narrado. Quizás el averiguar el orden de si fue primero la gallina o el huevo no nos resuelva absolutamente nada. Pero, ciertamente, la pregunta está relacionada con el contenido del capítulo, constituyendo un trampolín desde el que lanzarnos a la piscina de la correspondiente lectura. Por otra parte, si la novela es un instrumento para indagar sobre la condición humana (la socialización, la sentimentalidad, la ambición, la conciencia, la convivencia...), tal papel está bien representado en este libro de Pérez Pozo, en el que no faltan meditaciones, ni preguntas incitadoras que buscan respuesta en el propio lector, ni reflexiones de diverso tipo. El capítulo quinto. "¿De dónde

proviene los sentimientos?"', comienza, como ocurre en otros casos, con un repertorio de interrogaciones. Esta es la lista de preguntas de este quinto capítulo:

¿La maledicencia provoca la vibración de las cuerdas vocales en un estertor incontenible, consecuencia de un reducto ancestral de la condición humana, que tardaremos en conquistar para anexionarlo a ella, asumiendo los eventuales trastornos de compatibilidad con una ortodoxia de juicio externo rígido e interno permisivo? ¿Acaso tal reducto sostenga su espiral íntima inexpugnable como consecuencia de dicha dualidad? ¿La lógica engendra la razón de la que a su vez emana la comprensión o, al contrario, la agrede en demasiadas ocasiones? ¿De dónde provienen los sentimientos? ¿Están interaccionados con la conciencia y la lucidez? ¿Sí, siempre; siempre no? ¿Nada hay independiente? ¿Traspasamos el límite de nuestras diferentes partes? ¿Aún carecemos de adiestramiento para tamizar el grado de sensaciones que cada tiempo exige? ¿Necesitamos mejorar la balanza que equilibra nuestros excesivamente variables contrapesos? ¿Caminamos asentados en el sino o hacia la libertad? ¿Se interfieren, se complementan? ¿No hay medidas exactas? ¿Aproximaciones con el sentido común, con la inteligencia... sobre todo, con la imaginación? ¿También interactúan? ¿Pero dónde se ubica el manantial de la voluntad que las estimule con tal ecuanimidad que no se enzarcen entre sí? ¿Aprovechar cada uno nuestras facultades desde la bondad... y cómo se relega la maldad? ¿Se encuentra todo disperso y revuelto? ¿Ah, consiste en la evolución a mejor? ¿Pero, entonces, dependemos de nosotros mismos? ¿La bioquímica habita en el alma o al revés? ¿Posibilita la existencia vital autónoma lazos inquebrantables de convivencia?

Tras las preguntas, la narración consiguiente: la tertulia en la puerta de la barbería de Lorenzo Mérida, donde se va a hablar de las consecuencias de un suceso anteriormente narrado: la apuesta entre los dos caciques en un juego de cartas, la pérdida de uno de ellos y las acciones para cobrar el premio: acostarse con la mujer de uno de los empleados del otro. Es decir, la falta de respeto a los demás, el abuso de poder, el sentirse dueños de quienes trabajan para ellos.

Pese a los episodios que ocurren en el pueblo, no estamos, como se apuntó al principio, ante una novela realista: los personajes, por ejemplo, razonan como intelectuales, sea cual sea su condición, desde una introspección digna de un filósofo. Pero ahí radica una buena parte de la originalidad de esta novela. Para ejemplificar este rasgo, observemos como explica el marido de la mujer tomada como objeto de apuesta:

-Aún me corroe el ansia de vencer definitivamente ese mirar de soslayo que percibo en muchos de nuestros convecinos: en las mujeres, con simulación; en los hombres, con sorna. Cuando hablo con ellos: las unas, pronuncian sus frases con un deje entre acogedor y caritativo, confinándome a la resignación; y los otros, sin evitar un conato de inflexión de sordina, que esconden tras una seriedad de la que se infiere una trascendencia imposible de descabalar, cercenándome la normalidad.

Y veamos también los consejos de Baldomero, el acomodador del cine Excelsior:

-Plantarle a cada uno la cara que se merece; yo lo hago en mi trabajo: a quien viene con aires de grandeza, le asigno una butaca esquinada en una fila central, más tarde acomodo en las de en medio a personas que la primera considera de menor rango; nada mejor para que la próxima vez venga con los humos bajados. La gente del comportamiento que aludes, interpreta que una indirecta de la que te defiendas, significa implorarles la remisión de lo que entienden por desgracia de honor en la que estás sumido; tal indulgencia sólo podrás alcanzarla mediante el mérito acumulado de mostrar servilismo por el favor de no desdénarte; dado su carácter magnánimo, muy poco a poco considerarte como un igual. Cuando lo consigas tendrás una deuda con ellos. Evítalo. Busca su punto flaco, y, haciendo caso omiso a sus alusiones, alude tú lo que les interesa olvidar. [...] Adelántate a ellos; no dejes que haya intercambio: asómate a sus intimidades con la delicadeza de quien se preocupa por sus problemas; la ironía es muy fácil de comprender cuando uno es el

afectado, no necesita un tono diferente al habitual. Y mantendrás a raya a quienes se arrojan relegarte con un prejuicio.

Otra característica estilística del libro viene dada por el empleo del presente de indicativo: el autor nos relata la historia o nos describe el paisaje o el momento como si lo observara de forma directa, como si, acaso, estuviese radiando los acontecimientos en tiempo real: "*El primer trimestre del curso mil novecientos cincuenta y dos-cincuenta y tres, se encuentra mediado. D. Eugenio Celades ha aceptado una invitación a merendar. Flanqueado por Clara y Joaquín Blázquez espera que se abra la puerta. Su alumno acaba de tocar el timbre. Se ajusta la corbata. No parece un gesto de coquetería, sino consecuencia de la necesidad de darle una ocupación a las manos; entonces, de timidez. Sí, entremezclada con la curiosidad nerviosa de saber por quién va a ser recibido, y la difusa duda de si su presencia en este lugar resultará adecuada...*"

Gusta, por otra parte, Juan Pérez Pozo de utilizar las palabras precisas y, a veces, inusuales: "... *Silvia bajo los párpados: asiente. Retorna a clavar los **clisos** en los de su interlocutor...*" Antes había dicho: "*César tiene ante sí, ahora, una mirada fija, pero serena, despojada de cualquier estrategia de juego; unos ojos que reclaman la regla de las reglas a establecer: actitud transparente; la ofrece y reclama*". Ha empleado mirada, ojos... en la misma escena, ¿qué término emplear ahora? **Clisos**: (Del caló clisos, este quizá del dialect. clisarse, mirar fijamente, y este de eclipsarse).1. m. pl. coloq. ojos. También empleará "**genillas**", del latín genae, ojos, es decir pupilas o niñas de los ojos. Nos prueba la cuidada elaboración lingüística de los textos de este autor. También gusta de que ciertos personajes utilicen refranes para precisar sus advertencias, amonestaciones o pláticas.

¿Cuál es la suerte de la rivalidad entre los dos caciques, Simón Bermúdez y Héctor Zaro? ¿Podrían deponer sus enfrentamientos? ¿Cómo influirá en ellos el amor que surge entre la hija de uno y el hijo del otro? El lector ha de buscar la respuesta; ha de interesarse por la relación de los jóvenes que estudian en la misma Universidad, lejos del pueblo; ha de seguir la suerte de los habitantes destacados del Podiego, deudos de uno u otro poderoso. El lector tiene, como siempre, la última palabra sobre un libro y quienes se acerquen a éste han de tener muy en cuenta que no es una novela realista, si bien abarca y revela una profunda realidad humana, concreta y, a la vez, universal.